

Navegando por el interior
1ª edición: junio de 2015

© 2015 Amador González Guindos por el texto y los dibujos
© José Manuel Cusí por la fotografía de cubierta
© Club Editor 1959, S.L.U. por esta edición
Carrer Coves d'en Cimany, 2 — 08032 Barcelona
www.clubeditor.cat

ISBN: 978-84-7329-193-4
Depósito legal: B 14064-2015

Diseño gráfico: Ángel Uzkiانو
Corrección: Palmira Feixas
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S.A.

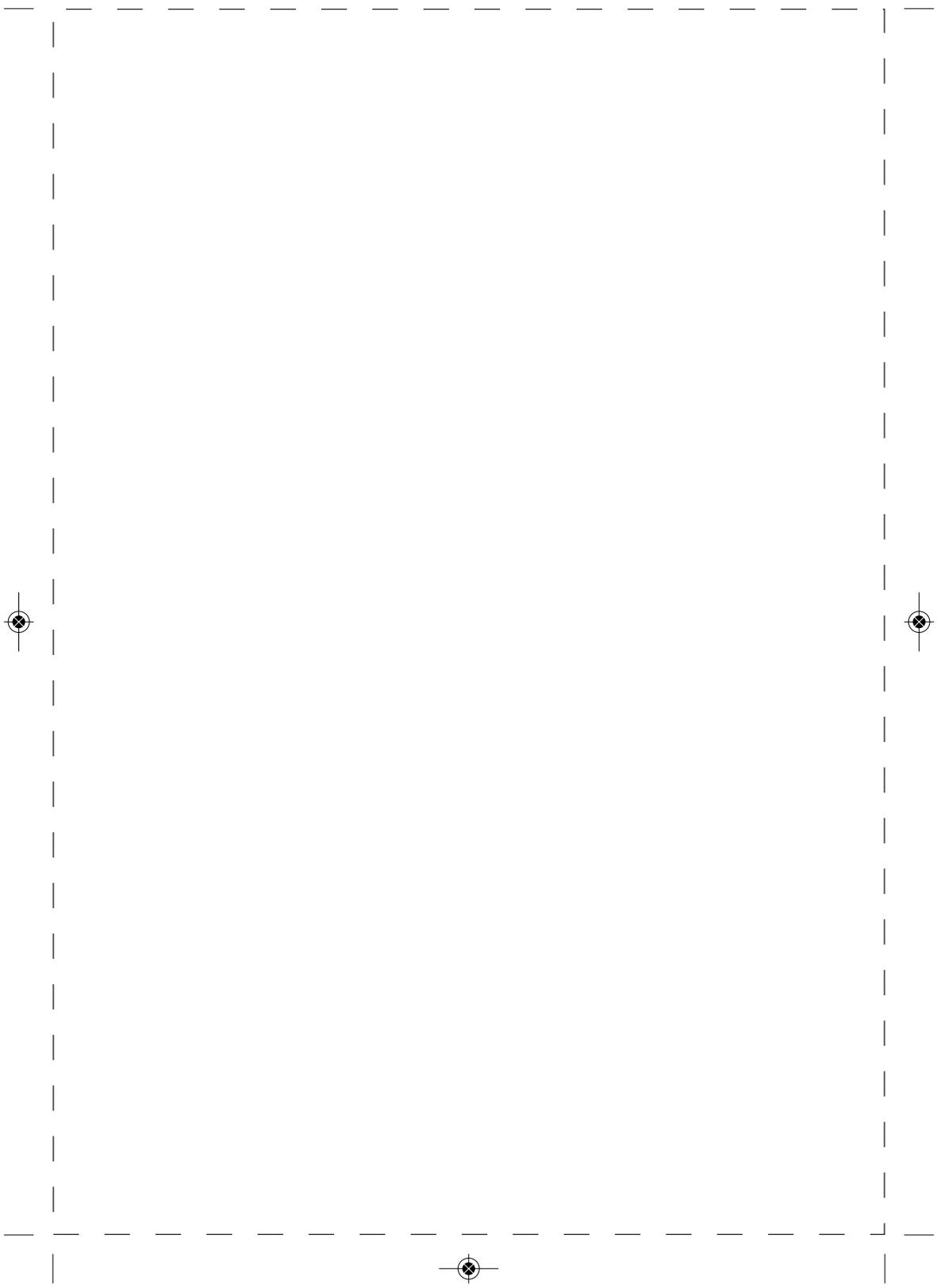
Reservados todos los derechos.

Amador González

Navegando por el interior

CLUB EDITOR
BARCELONA





Nota del editor

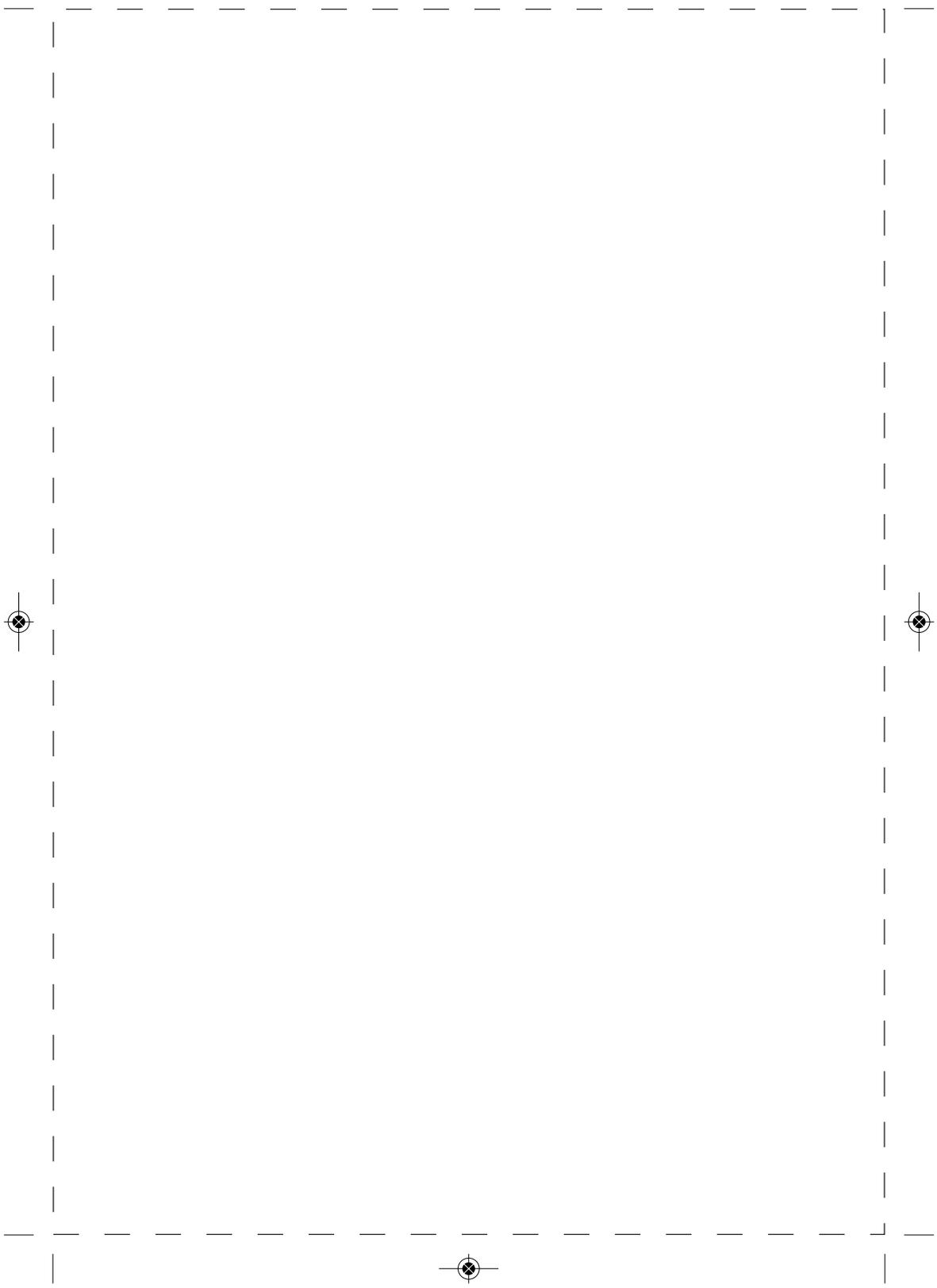
Encontré a Amador en agosto del 2013 a orillas del río Siurana, lugar vertiginoso donde los haya. Me contó su viaje en carro-barca por la Península y que buscaba a alguien dispuesto a escribir su historia. Le sugerí que lo hiciera él, con el convencimiento de que nadie podría contar su aventura mejor que él mismo.

Leí los primeros capítulos el verano siguiente; estaba de vacaciones y no podía interrumpir la lectura. Amador se había arrojado al vacío, tejiendo una telaraña que me atrapaba en la necesidad de saber cómo acabarían sus distintas peripecias a bordo del carro-barca *Ira*. Quise publicar aquel libro de inmediato, sin saber ni siquiera su final.

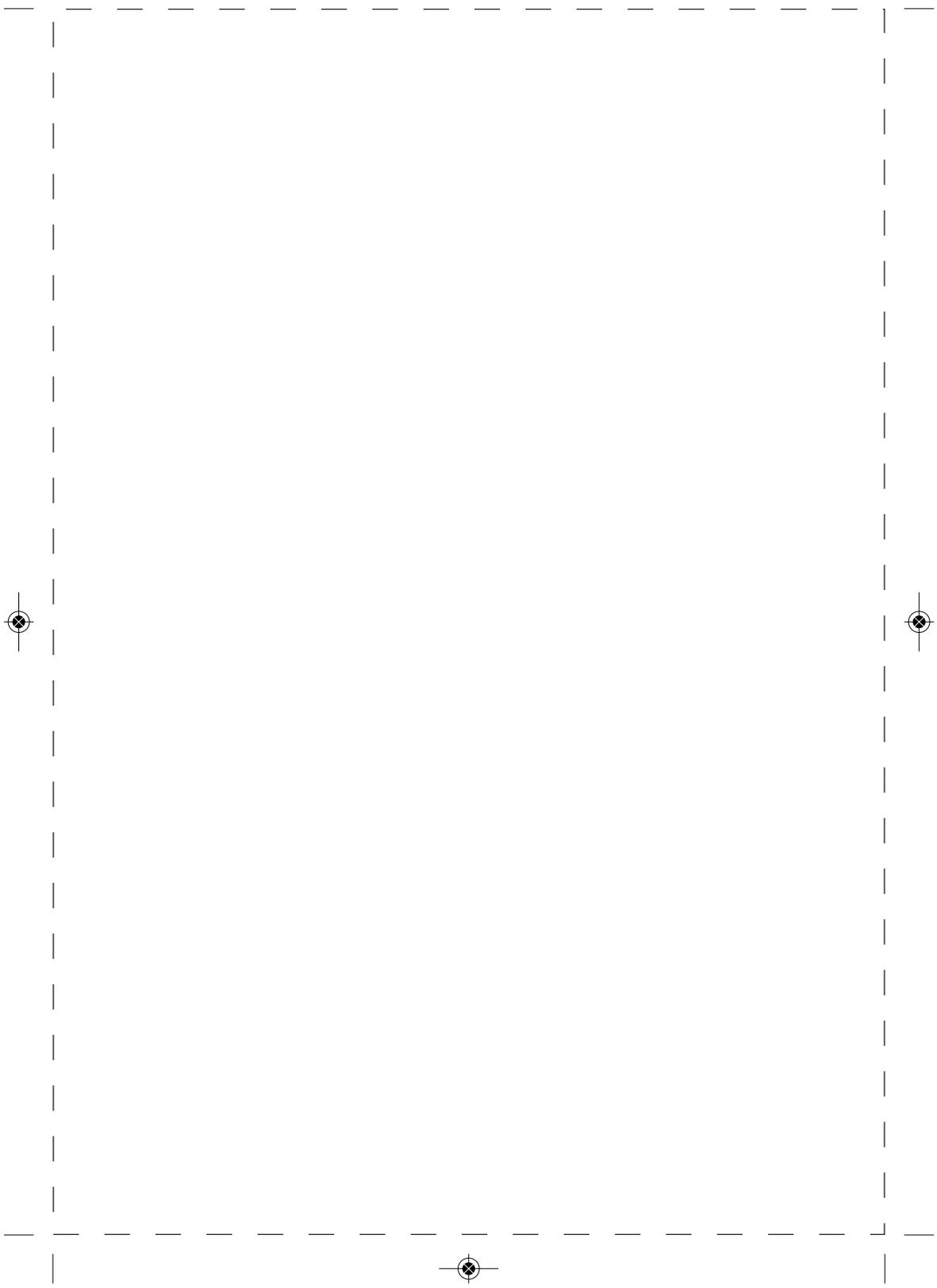
La aventura de escribir, para Amador, es equiparable a la aventura de viajar. Su historia es la de alguien que nos habla de la culminación de un sueño. Del sueño, que muchos tenemos, de dejarlo todo y partir con un acompañante incondicional en busca de aventuras, de hacer realidad nuestras fantasías. Y de contarlo después, una vez se ha vuelto a casa.

Organiza su viaje en cinco etapas: la preparación y cuatro caminos arcaicos. Haciéndolo, se transforma. El héroe transita por la realidad y sale modificado para la próxima estación. A medida que avanza, nos permite ver al hombre que se acerca a sí mismo en busca de respuestas, y un gran desafío lo empuja a saltar sin red para dar ese pequeño paso hacia no se sabe dónde, que es la verdadera gesta de quien busca salir del sinsentido.

Alejandro Dardik







I
Antes

Nací el 2 de enero de 1971 en un barrio obrero al sur de Reus, en las afueras, donde fueron a parar mis padres y otras familias de andaluces que venían buscando trabajo, mis padres en concreto de Granada. Soy hijo de José y Blanca Rosa, a los que debo la vida, mi crecimiento y mi educación junto a mis hermanos José Manuel, Paqui, Rosa Mari y Javier. Fui un mal estudiante, pero no mal niño. Me aburría un poco y miraba los pájaros por las ventanas de clase. El fútbol era lo que más me gustaba y era seguidor del Real Madrid. Yo jugaba de portero, tal vez porque todos querían meter goles y a mí no me importaba tanto, supongo que no les gustaba tirarse en un pedregal o un barrizal detrás de la pelota y sollarse enteros de arriba abajo. A mí me gustaba. Jugaba en el club del barrio Fortuny, cerca de donde vivía, y luego jugué en el F. C. Santes Creus.

Hacia 1977, un hecho trágico en la familia marcó mi vida y la de todos, pero especialmente la de mi primo Santiago García. Con nueve años de edad enfermó de meningitis y se quedó inválido de las piernas. De ser el niño que más corría en el barrio pasó a llevar un aparato metálico hasta el cuello y a dormir atado, trabado con poleas, cuerdas, cueros y contrapesos para estirar su cuerpo en crecimiento. Sufrió muchas operaciones en que le implantaron placas de hierro y tornillos en la columna. Yo tenía seis años, dos menos que él. Nos decían una y

otra vez que se pondría bien, pero pasaban los años y mi primo estaba peor. Fui prácticamente su sombra, su lazarillo, en casi todo lo que hacía. Estuvimos juntos hasta los dieciocho o diecinueve años, cuando él tuvo que irse a Albacete, a un centro especial para personas con discapacidad. Tengo que reconocer, como ya se lo dije a Santi en su día, que en cierto modo me liberé cuando él se marchó a estudiar.

El fútbol era mi obsesión, quería llegar a ser un buen portero. Mi ídolo era Arconada.

Trabajé en bastantes oficios. Mi primer empleo, a los dieciséis años, fue de botones en el hotel Las Vegas de Salou. Ese año conocí la noche, ¡madre mía! Hice amistad con mucha gente y conocí a chicas extranjeras de casi toda Europa, aunque era tan joven que no me enteraba de nada. También trabajé de camarero en un bar de Cambrils, frente al Club Náutico; le echábamos catorce horas al día, a veces más, y el martes por la tarde teníamos fiesta. Allí trabajaba con mi hermano José y dormíamos en el almacén en condiciones pésimas. Al final tuve que mandar a freír espárragos al jefe, por decirlo suavemente (por eso no menciono el nombre del bar). Acababa de fichar por los juveniles del F. C. Cambrils. La mitad de mis compañeros eran marineros o pescadores. Con diecisiete años estuve a punto de subir a preferente con el Cambrils como reserva de un gran portero, Ignacio.

También trabajé en una frutería. Tenía que levantarme a las cinco de la mañana para ir a buscar la fruta al mercado central de La Canonja. Recuerdo otro trabajo en una nave de útiles y herramientas para la automoción, me mandaban con un ciclomotor a cobrar recibos por todos los talleres mecánicos de Reus. Otro empleo fue de camarero en una cafetería de cinco estrellas, el Tangaroa del paseo de Salou: hacíamos cócteles polinesios, el más famoso y solicitado era el Matamaridos, que

pesaba una barbaridad. Luego trabajé en una tienda de juguetes de Reus. Recuerdo que muchos no funcionaban por fallos mecánicos y los tenía que arreglar, sobre todo muñecas nadadoras; lo que peor se me daba era desvestir y vestir a las muñecas, las mujeres se reían y me ayudaban. Estuve también en una empresa de servicios donde hacíamos de todo, o casi de todo. Lo más destacable fue destruir unos treinta millones de latas de cerveza, y eso que otros quince o veinte millones ya los había destruido otra empresa, pero como bebían mucho los echaron y nos llamaron a nosotros. A mí no me gustaba la cerveza y me pusieron de encargado. El barco había salido de Australia rumbo a Nápoles con el cargamento. No sé por qué motivo llegó a Barcelona y, por problemas de aduana o permisos, nos mandaron destruir las latas en Tarragona. Reciclábamos el aluminio, el cartón y el plástico. Con tan sólo diecinueve años, tenía mucha responsabilidad: conducía el tractor, metía la pala en las montañas de latas y las echaba en una prensa. Toda la espuma salía disparada, era espectacular, la cerveza se desparramaba por el campo y luego veíamos los perros de la calle que daban bandazos de un lado para otro.

Lo más simpático era que en los bares vendían cerveza australiana.

Yo seguía con el fútbol, en ese momento jugaba en Segunda Regional con el Juroca, el equipo de mi barrio. Lo hacía bien, hasta el Nástic de Tarragona se interesó por mí. Algunas veces iba con mis amigos del barrio a la discoteca, pero yo prefería ir a la playa solo, en moto o en bicicleta, y así evité tres o cuatro accidentes graves en las noches del sábado. (Pero uno me lo comí, y encima fue con el coche de mi padre.)

El ejército me llama, me toca en Tarragona. Me recomiendan que no me apunte a nada de voluntario y que no vaya de

listo ni de tonto. Son doce meses y me rompe todo un poco, aunque me dejan salir el domingo para jugar el partido. Me ponen en la compañía de apoyo y me apunto al graduado escolar, pero también me apunto a los Escaladores-Esquiadores de Montaña. En la fase de escalada vamos por las montañas de Prades, La Riba, Castillejos, la Mussara, las sierras de Montsant y de Prades, Siurana. En invierno empieza la fase de esquí y nos vamos al Pirineo, Vielha, Baqueira-Beret... Lo peor de la mili fue el suicidio de un chico y el accidente de una sección de esquiadores de Barbastro: ese día tenían una práctica de rescate de aludes, había mucho riesgo, les sorprendió un gran alud y murieron once soldados y un teniente. Al acabar la mili me dieron un diploma de honor de mejor soldado de la compañía de apoyo, pero al final no me saqué el graduado escolar porque no había podido asistir a las clases.

Mi hermano José me colocó de camarista en una empresa de congelados, en unas naves frigoríficas de Vila-seca. No me dieron la ropa adecuada para estar dentro de la cámara a veintidós grados bajo cero, se me metía el frío dentro de los huesos y tenía problemas musculares, hasta me ponía la ropa de esquiar de la mili. Me afectó en el fútbol: jugaba de portero reserva y cuando conseguí ser titular, me lesioné y tuve que dejarlo (aunque creo que hubiese llegado a Segunda B como mucho). También dejé los congelados y me fui con Ricardo y su socio Alfonso a los prefabricados. Estaba aprendiendo el oficio cuando vino aquella crisis de 1993 y me despidieron, pero me puse a trabajar por mi cuenta. Me salían trabajillos de decoración de interiores en prefabricados y creé mi empresa, I.A.G. Instalaciones Amador González. El estrés hizo que adelgazara nueve kilos en dos años, y eso que ya era delgado: presupuestos, facturas, medir, cobrar, pagar, gestoría, trabajar,

proyectos... Tenía a mi hermano con un sueldo y asegurado, y muchos fines de semana Luis Torres aprendía con nosotros. En caso de reforma mediana venía otra persona, como José Ortega.

Pasaban los años. Me estaba agobiando. Necesitaba salir, siempre había querido viajar, conservaba direcciones de amigas europeas que habían veraneado en Salou y me apetecía visitarlas. Corría el 1996 y tenía veintiséis años, el límite de edad para aprovechar el Interrail. Compré el billete global, que abarca toda Europa, para el mes de agosto.

Pese a estar trabajando en una reforma muy complicada en Vilafortuny, dejé que la continuasen mi hermano y Luis. Yo no aguantaba más, no entendía cómo un arquitecto podía equivocarse tanto en las medidas y encima en su propio chalet, no paraban de salir problemas, estaba muy agobiado. Un día, mi hermano me encontró llorando en la bañera, detrás de una placa de Pladur. No supo qué decirme ni yo tampoco sabía qué hacer, si mandarlo todo a freír espárragos o coger la reforma con coraje y acabarla de una vez.

Tenía que hacer este viaje; mi madre me dijo que no aguantaría ni dos semanas fuera de casa. Pillé un terrible resfriado, pero no me dejaron cambiar el billete. Para resumirlo muy rápido: en Roma perdí dinero en el metro, en Florencia me hice daño en la espalda con el peso de la mochila, fui a visitar a Nadia y me indicaron el pueblo equivocado (no la vi). Nada me salía bien, visitaba a otra amiga y no la encontraba o no quería salir...

Me estaba frustrando y quedaba mucho viaje por delante. La verdad es que quería volver a casa, pero tenía que ganarle la apuesta a mi madre. Llevaba mucho peso e intenté mandar la mochila a España, pero no me dejaron por el riesgo de atenta-

dos terroristas; tampoco me enteraba de nada porque no hablo inglés. Era todo muy bonito e hice muchas fotos, pero yo no estaba bien. Y para colmo, en Venecia veía las parejas en las góndolas, canal arriba y canal abajo, con el gondolero más pendiente de la chica que de llevar la barca. Frustrado y decepcionado, me abandoné, dejé de luchar. ¡Se suponía que estaba de vacaciones! Me senté en el escalón de un portal y salió una anciana. Me saludó, me vio triste y empezamos a hablar. Era encantadora. Hablamos de la vida, de apreciar lo que tenemos y vivir el momento sin esperar nada; me abrió los ojos y un poco el corazón.

Total, aguanté unos días más para ganarle la apuesta a mi madre.

Regresé muy cansado. Por esas fechas conocí a Eva, una chica guapísima por dentro y por fuera. Salimos unos cuatro meses y cuando me vi enamorado me entró un miedo terrible. Y en eso encuentro la primera señal.

19
Deshaciendo entuertos

Después de salir corriendo de Logroño recorreremos trece kilómetros de subida y llegamos a Nájera, ocho mil habitantes a 491 metros de altitud, por donde pasa el río Najerilla.

Continuamos hasta Azofra. Necesito asearme, no he podido desde que salimos de Logroño, así que voy al albergue y por tres euros me dejan duchar. Llevamos quinientos kilómetros recorridos, ya son palabras mayores. Pasamos una noche tranquila y salimos por la mañana, no tengo la preocupación de casi todos los peregrinos de levantarme temprano para conseguir plaza en el próximo albergue. Después de una etapa de quince kilómetros llegamos a Santo Domingo de la Calzada.

Encuentro un lugar en la entrada del pueblo para dejar a Noia y Sendita con el carro; yo iré al centro a afeitarme y a ducharme. Llego a un albergue de peregrinos, pregunto si se puede lavar la ropa y meto las monedas en una de las lavadoras. Mientras la máquina va lavando llega una peregrina italiana. Se la ve preocupada, tiene unas marcas en la cara, el recepcionista le pregunta si pueden ser chinches. Ella no lo sabe, pero se encuentra mal y necesita un médico. El recepcionista le dice que si son chinches deberá estar sola en una habitación y quitarse la ropa y todo lo que lleva en la mochila para fumigarlo o lavarlo a mucha temperatura, hay que seguir un protocolo de

desinfección, averiguar dónde las ha podido coger e informar a los albergues por donde ha pasado.

A mí me dejan duchar, recojo mi ropa limpita y regreso con Noia y Sendita. Al día siguiente seguimos el camino hasta Grañón.

A la entrada de Grañón hay un cruce y un letrero móvil con la flecha amarilla que señala la izquierda. Es raro, lo lógico sería ir por la derecha, el camino parece más llano y directo, aunque también hay gente que sigue recto entre los campos de cebada. Aquí pasa algo raro. En algunos pueblos lo llenan todo de flechas amarillas para que los peregrinos pasen por donde algunos quieren: albergues, restaurantes, bares, tiendas, supermercados... Con tanta gente, uno se da cuenta del inmenso negocio que supone el camino. Me quedo un rato más en este cruce dudoso y pienso que con el carro no me la juego, seguiré la señal del letrero. En efecto, da mucha vuelta y pasa por delante del cementerio, pero no creo que sea un truco para que lo veamos...

Alguien me dice que en la iglesia se come gratis mostrando la credencial del peregrino, así que pregunto dónde está. Muy cerca encuentro un campo de fútbol vallado, un poco abandonado y con hierba abundante, perfecto para dejar a Noia. El comedor lo llevan voluntarios de todos los lugares del mundo, el cura es joven y muy amable, enseguida muestra interés por nuestra aventura y se ofrece para ayudarme en lo que esté en su mano. Le digo que quiero descansar unos días, sobre todo por Noia, que es la que tira del carro. Después de comer vuelvo al cruce donde he visto el cartel con la intención de quitarlo. No paran de llegar peregrinos, unos por la derecha y otros por el camino del cementerio o campo a través. Espero

a que no pase nadie y, justo cuando voy a darle la vuelta al letrero, aparece un chico en bicicleta. Se acerca y nos miramos con complicidad, intuyo que ambos queremos hacer algo que no gustará a según quién. El chico me dice:

—Voy a quitar el dichoso letrero, ¿por qué hay gente que indica el camino por donde le da la gana?

Yo asiento con la cabeza, riéndome.

—Tú también ibas a quitarlo, ¿verdad? —pregunta el chico.

Le respondo que sí.

—Cuando pasé por aquí el otro día, seguí el letrero y me caí con la bicicleta.

El chico da la vuelta al cartel y se queda tranquilo. Me despidió de él y vuelvo al carro-barca.

El cura me ha hablado de un lugar donde pueden arreglarme el ordenador, cerca de los antiguos cuarteles de la Guardia Civil. Explico al informático que me quemaron el ordenador en Borja y si puede salvarlo o al menos recuperar las fotos. Me dice que vuelva a última hora y tendrá un portátil de segunda mano que a veces se apaga solo, me saldrá por unos cuarenta euros. Cuando regreso a la iglesia para ayudar en la cocina encuentro una segadora antigua, oxidada y con las ruedas idénticas a las de mi carro. Se ven en buen estado y se me pasa por la cabeza informarme sobre el propietario, pero pienso en el gasto del ordenador y lo dejo correr. Lo que sí haré antes de irme del pueblo es pesar el carro-barca y a Noia. Hay una gran báscula que funciona con cincuenta céntimos.

Paso el rato con Sendita y Noia, hablo con algún peregrino, ayudo un poco en la cocina y voy a buscar el ordenador. Ya está programado y con las fotos y los vídeos traspasados, la verdad es que la marca no la conozco, ¿cómo va? El chico me

enseña y el ordenador se le apaga al momento... Vaya, mejor haberme comprado las ruedas de la segadora, pero pago y me lo llevo bajo el brazo. Ya está anocheciendo.

Voy a echarle el grano a Noia y ponerle la comida a Senda. Cenaré en la iglesia, hay mucha gente y no para de llegar más. No caben todos, tendrán que hacer dos turnos.

Subo por una escalera para contemplar las vistas. El cielo es precioso, aquí se respira muy buena energía. Con los curas, los payos y los gitanos habrá de todo, como en todos lados... Cenamos muy bien y voy un rato a misa; tengo que reconocer que me gusta.

Pasamos dos días aquí y antes de partir vamos a la báscula. Subimos tod@s, también Senda; me da hasta miedo saber lo que pesa el carro-barca... 1.250 kilos. Ahora pesaré sólo a Noia: 650 kilos, por lo tanto el carro-barca pesa 600. Madre mía...

Salimos de tierras riojanas para entrar en Castilla y León.